

ENCERRADA EN VIDA

Las gotas caían con fuerza sobre el cristal de la ventana. Las observaba, divertida, cómo las distintas formas que creaban a su paso dejaban un paisaje difuminado del exterior, mientras les esperaba sentada en mi butaca.

Solían venir a visitarme los domingos, tras la comida. Venían por compromiso la mayor parte de las veces; lo contrario no se daba a menudo. Comían unas pastas, ponían dos cafeteras, a lo sumo tres, y preparaban la cubertería de porcelana que tanto le gustaba a mi marido. Supongo que era para hacer mención de su ausencia, o quizás para recordar que seguía con nosotros en espíritu. No tengo ni idea, son cosas a las que una vieja como yo, no da importancia.

Perdonadme, no me he presentado. Soy Margarita Pérez García, hija de Paco Pérez Maldonado y Consuelo García Cortés. Madre de 4 hijos y abuela de 7 nietos, aún pequeños para trabajar. Vivo en Madrid en un piso acomodado, lleno de baratijas y libros que nunca leí.

Hoy es 15 de junio. Estoy sentada en mi butaca frente a la ventana. Llueve. El día que murió él, también llovía. No se, que tiempo hizo ayer, no se, que tiempo hará mañana, aunque esto último no es tan extraño. La cabeza ya no me funciona como antes, las piernas no son fuertes y controlan mi cuerpo como antes, mis cejas cada vez son más finas, mis arrugas ya son parte de mí. No me recuerdo sin ellas, y cuando veo fotos de hace veinte o treinta años, me confundo a mi misma con mi hija, somos muy parecidas. Ya no soy la misma, pero sigo siendo yo, aunque este último detalle se les olvide a menudo.

Hoy ya son las siete de la tarde. A esta hora suelo estar haciendo la poca cena que tomo y preparando el baño para..., perdón, a esta hora bañaba a mi marido. Ahora solo hago la cena. Es difícil acostumbrarse a vivir sola, sin nadie que chasquee los dientes cuando la sopa está fría, cuando a las lentejas les falta sal, o simplemente para

llamar tu atención. Era algo típico de mi marido. Desde que se jubiló hasta el día en que murió, lo pasamos en grande. Fue una de las mejores épocas de nuestras vidas. Vimos como nuestros hijos abandonaban el hogar para crear el suyo propio, como iban llegando cada uno de nuestros nietos, como nuestra casa pasaba de ser familiar, para acoger a amistades de toda la vida. Nos encantaba echar la partida de cartas en el bar de la esquina, ir a ver algún partido de fútbol de vez en cuando, tomar el vermut cada sábado, pero sobre todo, viajar al pueblo para poder tener nuestra huerta a punto. Cada primavera, íbamos al mercado del pueblo más cercano a vender nuestros ramos de Dalias, Petunias y Lirios. Un año, nos dieron el premio a la mejor tarta de calabaza, y en otra ocasión, mi marido fue miembro del jurado de este mismo concurso. Fueron unos años maravillosos.

Nuestros hijos, nos visitaban cuando podían. No era de esperar otra cosa ahora que vivíamos lejos los unos de los otros, o al menos no como en mis tiempos, cuando todos trabajábamos en el negocio familiar, y mis abuelos vivían en mi casa, con mis padres, mis hermanos y yo. Era otra forma de vida, más acogedora, más familiar, más benévola con la edad.

-Mamá, tómate la manzanilla que se te va a enfriar, y luego siempre hay que calentártela varias veces – suelta mi hija, con tono despectivo y desafiante.

Su mirada cada vez es más fría, más amarga. No me gusta cuando me hablan en ese tono, entre sorna e imperante. Me hacen sentir pequeña, muy pequeña, casi como si fuera una mosca cojonera que no para de revolotear cerca del oído ajeno, haciendo sacar a más de uno un gesto de impertinencia.

No he sido nunca exagerada, o al menos nunca de forma consciente. Quizás me exceda con estas valoraciones, pero es como me siento. ¡Anda que no he calentado yo los platos mil y una veces cuando mis

cuatro hijos hacían ascos a la comida!, “comida con flores” que solían decir ellos de las verduras.

Bueno, al menos voy a coger la taza para ahorrarme la reprimenda de nuevo. Así, si me ve con ella en la mano, pensará que estoy bebiendo. Están hablando más de la cuenta. Son ya las siete y cuarto, y no se han ido para hacer sus quehaceres. Estoy convencida de que algo no va bien. Por el momento están todos sentados alrededor de la mesa de cristal redonda, que tengo en medio del salón junto a la puerta. Yo estoy al otro lado de la salita, enfrente de la ventana, viendo las gotas de lluvia resbalar sobre el cristal de la ventana.

Están hablando de algo importante, o eso parece por el tono exasperado e impaciente que percibo desde aquí. Voy a acercarme un poco para ver que traman.

Al hacer el amago de levantarme de la butaca, mis dos hijas se levantan ipso facto para hacerme entender que no es bueno que haga esos esfuerzos. Yo me quedo sentada sin decir palabra. Tampoco me dan otra opción. Ellos van mucho más deprisa que yo, y no me refiero al andar, que es obvio, sino a la hora de hablar, de comunicarse conmigo. No me da tiempo a pensar para dar una respuesta acorde, o con coherencia. Y como piensan que ya no pienso bien, o yo que se, pues ni siquiera hacen el esfuerzo por mirarme a los ojos y prestar atención a lo que tengo que decir.

Siento que estoy encerrada en vida, en una mente que no me responde como desearía, en un cuerpo que no se asemeja nada en absoluto a lo que represento. Yo sigo siendo persona, tengo inquietudes, preferencias, ¡yo también sueño joder! Y no me prestan atención.

Hace unos minutos que escuché estas palabras << mayor, residencia, mejor >>. Ni siquiera tienen la decencia de hablar de mí cuando yo no esté presente o de preguntarme cual es mi opinión.

Creen que se preocupan por mí, pero no se dan cuenta de que no pueden hacerlo sin saber lo que yo quiero para mí misma, si no me valoran, si no me escuchan.

No soy un fantasma al cual todo le traspasa sin dejar marca.

Nunca se refirieron a la vejez como la jaula de cristal que es, que te ciega, te muda y te ahoga como una enredadera cada vez más tupida. A veces, tengo la necesidad de revolverme sobre mi misma, de salir de esta piel ajada y sin brillo, de decirle al mundo que estoy aquí, tras esta ventana, sintiendo las gotas de lluvia caer, encerrada en vida.

Silvia Leiva Palacios